

C.R.
92
VH838

VERDAGUER Y SU OBRA

CONFERENCIA

DICTADA POR

ROGELIO FERNANDEZ GÜELL

EN EL

CENTRE CATALÁ

DE SAN JOSÉ DE COSTA RICA

EL 7 DE DICIEMBRE DE 1914



SAN JOSÉ, COSTA RICA
IMPRESA, LIBRERIA Y FOTOGRAFIA ALSINA

1915

C.R.
92
1483 f
C.R.

01



ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL

6626.

VERDAGUER Y SU OBRA

CONFERENCIA POR DON ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL



PRESENTACIÓN

del conferencista

DON ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL

hecha en nombre del Consejo Directivo del CENTRE CATALÀ

por el socio del mismo

JOSÉ FAJA FURNÉ

SEÑORAS Y CABALLEROS:

Un notable escritor, nacido en esta noble tierra, os hablará del eximio e inmortal poeta Reverendo Jacinto Verdaguer.

Presentar al conferencista don Rogelio Fernández Güell, es un acto a que la cortesía obliga; pero entiendo que la personalidad de este ilustre escritor costarricense no necesita de presentaciones estudiadas. El lugar que desde muy joven ocupa, como literato y como hombre público, acusa por sí solo una personalidad cimentada con el esfuerzo de constante energía encaminada al estudio y al trabajo. Literato de vastos conocimientos, sus producciones han merecido la aprobación de la intelectualidad costarricense y del público de buen saber de México y de



la Madre Patria. Su labor de patriota, siempre dedicada a procurar el bien de este bello país, le ha llevado a ocupar uno de los lugares más distinguidos en la actual administración de Costa Rica.

Esto es todo cuanto yo os diría del promiiente literato que hoy, por vez primera, ocupará esta tribuna; pero el señor Fernández Güell, como comentador de la obra del insigne autor de *La Atlántida*, merece que me extienda en esta pequeña presentación que os hago, para considerar al disertador, teniendo en mira la agradable conferencia que con el título de «VERDAGUER Y SU OBRA», ha tenido, con su proverbial gentileza, la finura de dictarnos.

Nadie más indicado, como el distinguido orador que hoy honra nuestro Centro, para bosquejar la gigantesca figura del místico cantor de las musas catalanas; nadie como él para expresarnos con completo conocimiento de causa la obra inmortal de aquel poeta que a tan gran altura rayó en las últimas décadas del siglo diez y nueve.

El señor Fernández Güell, como todos nosotros, siente sincero amor a Cataluña, y si mi aserto no bastara a convenceros, el hecho de que hubiera escogido a una gentil catalana para esposa sería suficiente para afirmar cuánto cariño debe sentir el conferencista a la hermosa región de que es hija la digna e inseparable compañera de su vida.

Para juzgar bien la literatura que se comenta es indispensable conocer el idioma y las maneras peculiares en que dicha literatura está forjada. Así, pues, sería una empresa muy atrevida disertar sobre la obra de Jacinto Verdaguer, sin antes conocer el idioma en que el insigne poeta de Iberia legó sus obras a la posteridad.

La personalidad que con tanto gusto tengo el honor de presentar al culto auditorio que hoy, con su presencia, da realce a esta fiesta, a más de descollar en la literatura castellana y de ser un hábil conocedor del idioma catalán, reúne la incomparable condición, para aseverar la conferencia que hoy nos dicta, de haber residido en la región

donde el poeta mártir pasó su existencia; ha visitado los lugares en donde el místico sublime forjó sus incomparables creaciones, y ha recorrido el sorprendente escenario por el cual, en intrincado laberinto, el gran poeta regó la simiente en donde hoy fructifica la actual musa catalana.

Al conferencista nuestro verdadero agradecimiento; él en esta maravillosa fiesta de arte que como muestra de homenaje y de admiración ingenua dedicamos al gran cantor de nuestra tierra, ha venido a despertar en la adormida selva de nuestra alma, el recuerdo siempre excelso, siempre grande al sublime autor del *Canigó* y de *La Atlántida*.

El señor Fernández Güell, conocedor de nuestro pueblo, y de cuánto vale su floreciente literatura y cuán dignas de alabar son sus patriarcales costumbres, es uno de los admiradores más entusiastas de Verdaguer, a quien sin miedo podemos llamar el Dante del siglo XIX, y al honrar a este Centre, glosando la vida y las obras del trovador de Cataluña, las obras de tan altísimo vate, merece nuestro agradecimiento, ya que al recordarnos la inspiración sublime y las virtudes del eximio cantor nos recuerda la grandeza de aquella patria tan amada y de aquel cariño que el tiempo no logra borrar.

En nombre, pues, de nuestra patria adorada, en el de mis queridos compatriotas y en el del Centre Catalá, al cual tengo en este momento el alto honor de representar, os doy las gracias más cordiales y os ofrezco el testimonio humilde y sentido de una admiración y respeto sinceros.

He dicho.

VERDAGUER Y SU OBRA

CONFERENCIA

LECTADA POR

ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL

EN EL "CENTRE CATALÀ" DE SAN JOSE DE COSTA RICA

EL 7 DE DICIEMBRE DE 1914

I

El Centro Catalán de esta ciudad me hizo el honor de invitarme a dar una conferencia acerca de la vida y las obras de mosén Jacinto Verdaguer, y cómo negarme a la galante invitación de este grupo de esforzados luchadores que se aproximan y reunen para, a su propio calor, sentirse más cerca del terruño y que en sus regocijados *aplechs* nos traen a este florido rincón del continente americano una visión intensa de esa Cataluña tan abnegada y laboriosa, donde cada individuo es una voluntad puesta al servicio del progreso, y donde el aire es luz y la palabra rima, y el genio se desborda en concepciones sublimes, y se llama en la música Clavé, en la pintura Fortuny, en la escultura Campeny, en la poesía Verdaguer, en la filosofía Balmes, en el drama Guimerá, en la tragedia Iglesias, en la comedia Pitarrá y en la arquitectura Puig y Cada-

falch? Resuelto, pues, a dar una conferencia, el tema naturalmente debía referirse a Cataluña, y ¿sobre qué podía versar mejor que sobre el poeta favorito de la región catalana, el ilustre Verdaguer, cuyas canciones andan en boca de los hijos de aquella tierra y las recitan lo mismo las elegantes aristócratas que las humildes obreras y las rudas campesinas, y las repiten los pinos de los bosques, los *rossinyols*, los *pinçans* y las *cadernerres* de las selvas y las hierbecillas de los prados y todas las fuentes de la comarca, para las que tuvo una estrofa y un suspiro?

Los *vigatans* de la plana de Vich, los *xiquets* de Valls, los *barrinetayres* de Prats de Molló, las *nenes* del Pirineo, los mozos de la escuadra, los montañeses del Canigó, las *puntayres* de la costa y las preciosas doncellas de Valencia y de Mallorca, le recuerdan con cariño, porque él cantó a Cataluña con lira inimitable y en sus obras palpita el alma regional con más aliento que en las de ningún poeta de su siglo.

II

En 1865, un joven *pagés*, que bajaba de la plana de Vich, hizo su aparición en los *Jochs Florals* de Barcelona, llevando en triunfo la barretina morada, «flor de Cataluña», como decía él, que se abre sobre las frentes. Este joven, que seguía la carrera eclesiástica, en la ciudad de Balmes, era Jacinto Verdaguer, poeta por natural disposición de su alma tan llena de armonías como una selva donde los ruiseñores, las alondras, y los jilgueros saludan a la aurora o encantan la noche con sus trinos y donde las fuentes ríen, como ondinas que desgranaran en el misterio del crepúsculo las notas melodiosas de sus liras de cristal, y donde, al beso de los silfos, los capullos rompen sus broches de seda, y el alma de la floresta sueña bajo los tilos, en el momento divino del amanecer o en la calma y melancolía de la tarde.

Así debía presentarse en el gran escenario del arte catalán el poeta llamado a resucitar toda una literatura y a devolverle su pristina pureza y su natural encanto a un idioma proscrito y desdeñado.

La lengua catalana no es, como vulgarmente se cree, un dialecto de la castellana, como tampoco el provenzal lo es del francés. El castellano, el catalán y el portugués, nacieron casi al mismo tiempo, a principios del siglo xv, a consecuencia de la corrupción del latín, el que al pasar por las rudas gargantas de los conquistadores, adoptó entonaciones ásperas y se transformó, dando origen a multitud de dialectos cuyo léxico se enriqueció con numerosas voces germánicas. Cataluña sufrió la invasión de los godos antes que el resto de España, y en Barcelona se estableció Ataulfo con su corte. La transformación del lenguaje se operó allí rápidamente, y mucho tiempo antes de que el castellano abandonara el carácter de lengua romance, adquiriendo el de verdadero idioma, ya había poetas en Cataluña que se disputaban la flor natural, la violeta y la englantina, y aún Juan de Mena no había ensayado sus célebres alejandrinos cuando ya Ausias March desbordaba el torrente de su inspiración en la áurea cascada de sus sonoros versos. Pronto, sin embargo, con la influencia política, la lengua de Castilla fué adquiriendo notable preponderancia; ésta se acentuó cuando Felipe V tomó por asalto a Barcelona, y ya a mediados del siglo xix, la lengua catalana únicamente se usaba en la intimidad del hogar y en la montaña, viniendo a ser una lengua de *pagessos* o campesinos; la alta sociedad sólo hablaba en castellano y grandes escritores como Pí y Margall, raramente se expresaban en su idioma nativo. Por otra parte, el Gobierno ponía particular empeño en matar la lengua catalana, estableciendo la enseñanza obligatoria del castellano en los colegios e instituyendo el uso del mismo en los juzgados, audiencias y tribunales de justicia. Mas a las lenguas no se las proscribe con un decreto ni se las mata

como a los individuos: el idioma sobrevive a la independencia y a la unidad de los pueblos, y flota como una bandera sobre las ondas que se han tragado al barco y a la tripulación. En el idioma está el alma nacional, inconsútil e indivisible, y así el polaco y el griego, sobrevivieron al desmembramiento de Polonia y a la caída del Imperio de Occidente; así el alma catalana continúa viviendo con vida fuerte y fecunda en las cuatro provincias del antiguo Principado, en Mallorca, y en cierto modo en Valencia, y, a través de los Pirineos, enlaza a España con el Rosellón y la Provenza... Felipe V pudo despojar de sus fueros a los catalanes; pero no hacerles abandonar su idioma; Felipe V ató los cuchillos a las mesas; pero la lengua de Fivaller y de Roger de Lluria, continuó resonando en las orillas del Llobregat y del Besós, más suave que la brisa que orea las faldas del Monseny y tan dulce como el alma ingenua del pueblo, que se exhala en las rondallas y en los *cançons* del *pla* y de la montaña.

La lengua catalana, sin embargo, se había corrompido y abundaba en castellanismos de pésimo gusto; el desuso había traído por consecuencia un verdadero caos ortográfico y la literatura yacía olvidada, poco menos que una reliquia en un arcón antiguo. En el teatro, Serafí Pitarra había alcanzado gran renombre con sus comedias catalanas; mas, aún en estas ingeniosas producciones, se advertía la decadencia y total ruina del idioma. En tales circunstancias, apareció el hombre llamado a renovar la lengua, en la persona del humilde sacerdote Verdaguer, quien en la literatura catalana desempeña el mismo papel que Homero en la literatura griega, Virgilio en la latina, Shakespeare en la inglesa, Cervantes en la española y Camœns en la portuguesa, pues vino a fijar definitivamente el idioma regional y a darle extraordinaria brillantez.

La aparición de Verdaguer pareció tan providencial que el presbítero Collell no vaciló en escribir estas palabras en la biografía de Mosén Jacinto, que acompaña la edición francesa de la *Atlántida*:

«Verdaguer, poeta hijo del pueblo y llevado después por las vicisitudes de la vida a recibir las poderosas influencias del arte y de la naturaleza, que obrando sobre un alma cultivada por el estudio y apasionada por las altas comunicaciones del sacerdocio, habían de producir obras perfectas, es el gran don, el estimable presente que Dios ha querido hacer a la Patria catalana en el momento histórico de un renacimiento sin ejemplo».

III

La vida del poeta está tan íntimamente ligada a su obra que no se comprendería la una sin la otra.

No sé qué extraño sino persigue a los grandes poetas, que trueca sus laureles en punzadoras espinas, como si el corazón necesitara ser desgarrado para exhalar sus más tiernas armonías, a manera del sándalo de cuyas heridas brota el perfume, y en cuyas grietas las abejas depositan miel. Homero y Milton, ciegos; Shakespeare, errabundo y desconocido; Dante, desterrado; Cervantes, prisionero; y Camcens con un solo ojo, a manera de un cícople, ejemplo son de esta amarguísima verdad; que el poeta no es poeta si el dolor no pulsa las cuerdas de su lira y si tempestades no azotan su alma y los zarzales de la envidia no destrozan sus pies.

Mosén Jacinto nació en Folgaroles, a pocas leguas de Vich, el 7 de abril de 1845, en medio de una familia modesta. Como muchos hijos de campesino, siguió la carrera eclesiástica en Vich, y se ordenó presbítero en 1870. A los dieciséis años alcanzó sus primeros triunfos en los Juegos Florales de Barcelona, y en 1877 publicó *La Atlántida*, poema sublime que en breve fué traducido a las principales lenguas europeas y que se considera como una de las obras maestras de la edad moderna.

Escuchad cómo él mismo relata ingenuamente los episodios más interesantes de su vida:

«Antes de ser capellán limosnero de casa López, fuí dos años capellán de uno de sus vapores trasatlánticos, y una y otra colocación la debo al actual marqués de Comillas, cooperando con él, en la primera, su hermano don Antonio López y Bru, que de Dios goce. Me recomendó y acompañó a su presencia el Doctor Estalella, hoy dignísimo obispo de Teruel, y al cabo de tres semanas, me parece que era el 12 de diciembre de 1874, me embarcaba con rumbo a Cádiz, donde debía enrolarme en el vapor *Guipúzcoa*, al que estaba destinado. Un momento antes de levar áncoras, la tarde de mi salida, tuve el placer de saludar sobre cubierta a los dos hijos del marqués que se quedaban en Cádiz. Al mayor no lo volví a ver más; a don Claudio sí lo volví a ver en el mismo puerto, al cabo de una temporada, y su vista me fué de gran consuelo. Yo me había embarcado por enfermo, y aumentaban mi dolencia la añoranza de Cataluña y el gran sentimiento que me daba no escuchar, sino de cuando en cuando, su lenguaje, pues siempre me tocaban como compañeros de tripulación, vizcaínos, gallegos o andaluces, con los cuales por amigos que fuesen, superfluo es decir que no hablaba absolutamente nada de poesía catalana, que era desde mi infancia, después de Dios, de mis padres y de mis hermanos, la fuente de mis goces y alegrías. Entonces él, llegando una mañana al vapor, después de cumplimentar al capitán y a los oficiales, se dirigió a mí afectuosamente y separándome del grupo de mis compañeros, me preguntó si escribía alguna cosa y podía leerle algún trozo. Le leí una de mis pobres inspiraciones y le regalé mi *Jesús als pecadors* y la *Batalla de Lepanto*, que tenía impresas.

»Dos años pasé yendo de España a Cuba y de Cuba a España en el vapor *Guipúzcoa* como una lanzadera de un lado al otro del amplio y grandioso telar. Al cabo de dos años de revolverme en la gran picina del Creador, sintiéndome reforzado de salud, me vinieron deseos de dejar el mar del que, en lucha peligrosa y terrible, aca-

baba de arrancar el poema de *La Atlántida* para darlo a la estampa. Una circunstancia, triste y penosa para mí, facilitó la ejecución de mi plan: don Antonio López perdió a su hijo mayor, y a instancias de su segundo hijo, don Claudio, fuí propuesto para celebrar en su casa diariamente la santa misa en sufragio de su alma. Volví de Cádiz en el vapor *Ciudad Condal*, y a cosa de 25 de noviembre de 1876, tomé posesión de mi capellanía.

»En prenda de mi agradecimiento, dediqué al marqués de Comillas el poema, fresco y salobre aún, que fué premiado en los recientes Juegos Florales. El marqués acababa de recibir la primera sacudida fuerte en el camino de la vida. Hasta entonces, en todos los mares había navegado viento en popa, como hijo predilecto de la fortuna. Casado con una señora de buena familia, virtuosa y rica; padre de dos hijos y de dos hijas, que, sanos de cuerpo y alma, vivían a su alrededor; señor de una gran fortuna, que iba creciendo como un río en tiempos de lluvia; dotado de una energía que aumentaba en los peligros; de un ojo muy fino para conocer las personas y de un manejo extraordinario en los negocios, ninguna piedra se había puesto bajo la rueda de su carro triunfante y ningún sepulcro le había abierto la boca para hablarle de la muerte en el camino de la vida.

»La muerte de su hijo mayor lo afligió y trastornó, y deseoso de soledad, se fué a pasar un par de meses al pie de Pedralbes, en la torre de su yerno, don Eusebio Güell. Allí, en tan tristes circunstancias, fuí presentado a esas dos familias, a las cuales íntimamente ligado había de vivir tantos años.

»Cuando el lobo ha visitado un rebaño y ha saboreado la carne de cordero, no tarda en volver. Así a veces hace la muerte en una familia. Cuando entró en la casa del marqués para llevarse a su hijo mayor, no debió de salir, sino que se quedó escondida detrás de la puerta para llevarse a alguno más, y esta vez tocó el turno a la hija ma-

yor, doña María Luisa, y eso a los pocos meses de su matrimonio. Estos golpes fueron terribles para toda la familia; prepararon, humanamente hablando, la muerte del padre y minaron la salud de don Claudio, que habiendo sido fuerte y robusta, iba decayendo bajo la acción roedora de una tisis muy lenta. Los médicos le recetaron el agua de La Presta, y de entre todos sus numerosos amigos y camaradas, me escogió a mí para acompañarlo, y eso por dos estíos seguidos. Allí, mientras él se entretenía dibujando vetustas casas, robles y peñascales, yo, a su lado, escribía *La Barretina*, que es sencillamente la historia de un hombre de Prats de Molló, que habiendo ido en su niñez a aprender a hacer barretinas a Olot, y habiendo puesto una tienda en Vallespir, tuvo que abandonar ese negocio por falta de trabajo, y entonces hacía de ebanista en La Presta. Desde allí emprendí mi primer vuelo a las cimas del Canigó soñando y principiando a escribir la leyenda pirenaica de este nombre. Yendo y viniendo de los baños, lo acompañaba a Comillas donde lo esperaba su familia; a Montpellier a ver a un médico de la tierra, y a Lourdes, a ver a la Doctora del cielo.

»Casóse, y su nuevo estado no enfrió lo más mínimo nuestra buena amistad. Entonces no lo acompañaba, como es natural, en sus viajes; pero vivía muy bien, siempre a su lado, en Barcelona, en Comillas y especialmente en Caldetas, donde pasamos juntos largas temporadas interesados con su salud. Allí una mañana, después de la santa misa, vimos llegar, en un tren expreso, a don Manuel Arnús, portador de la para nosotros espantosa noticia de que aquella noche había muerto don Antonio, su padre, repentinamente. Si hubiera caído un rayo a nuestros pies, no nos habría aterrado más. Entonces, como antes y después, el duelo y la pena de aquella familia, eran mi pena y mi duelo, sus aflicciones eran mis aflicciones, que sentía más que las propias. La salud de don Claudio decayó visiblemente, llegando a hacer temer, a las personas que lo esti-

maban, que la muerte del padre podía ser ocasión remota o próxima de la muerte del hijo. Para reposar una temporada de sus trabajos y de la pesada carga que llevaba sobre sus hombros, alquiló un yate inglés nombrado *Vanadir*, y en alas de esa embarcación, en compañía de don Manuel Arnús, de su hermana Monserrat y del que es ahora su marido, don Clemente Miralles, visitamos las ciudades españolas de Málaga y Cádiz, las africanas de Tánger, Argel y Constantina y sobre todo la tumba del venerable Raimundo Lulio, en San Francisco de Palma, la cueva de Artá, Miramar y Valldemossa y otras joyas de la incomparable Isla Dorada.

»No es necesario contarlo todo. Yo iba escribiendo y mis pobres libros eran más bien recibidos de lo que se merecían. Mas no siempre debía rezar los misterios de gloria en una casa en que había tantas penas (no las he dicho todas). Alguna había de haber hecha expresamente para mí, y ésta se me acercaba poco a poco, como un áspid entre flores.

»Nadie me dió en la casa López el cargo de limosnero, ni tal vez yo lo hubiera aceptado, no por temor de disgustos que me esperaban y preveía, sino porque no me reconocía con la paciencia, el tiempo, la incansabilidad y los demás dones y virtudes que necesita un limosnero. Don Claudio, sintiéndose falto de fuerzas y de ánimo, y más atareado de lo que convenía, comenzó por encargarme de las familias que él socorría mensualmente, que no pasarían de veinticinco. Desde aquel momento me ví asaltado por pobres y necesitados, en casa, en la calle, en el confesionario, por cartas y recomendaciones, y la lista fué creciendo hasta trescientas familias. Presentándose cada día necesidades nuevas, y conviniendo a la justicia y a la caridad tener a la vista las antiguas, y mi salud, que no era entonces buena como ahora, no dejándome ir, venir y correr como era del caso, solicité un auxiliar, que se me concedió. Tres *civineos* tuve, uno tras otro, y los primeros se cansaron de

ayudarme a llevar la cruz, no por lo pesado de la carga, sino por las amarguras que se pasaban. Como la Caridad es una virtud tan alta, Dios nuestro Señor espera premiar en la otra vida a los que la ejercitan, y aquí en la tierra se complace en enviarles injurias y oprobios. Yo, por otra parte, no merecía tamaña honra, pues pecador y miserable soy, y no estaría en ocasiones, o tal vez nunca, a la altura que la divina caridad demanda. De todas maneras, me comenzaron a sobrevenir, al principio, pequeños disgustos y luego cosas más serias. No importando referirlas todas, una me sobrevino, hace tres años, que me hizo conocer que iba a caer, si es que ya no había caído, del escabel.

»Los marqueses iban acortando sus temporadas en Barcelona y alargando las de Madrid, en donde se iban arraigando cada día más. Yo escribía con gran franqueza al uno y a la otra. Querría ahora estar cerca de mis papeles para insertar la copia que guardo de una carta que escribí a la marquesa, pintándole un cuadro poético de la hermosa misión que ella podía cumplir, entregándose a la vida de la caridad en cuanto fuese compatible con su posición. Le hacía una pintura de la triste situación de las clases pobres, tan engañadas por los sembradores del mal como agradecidas a quien les hace bien. Hacíale ver las malas hierbas de la anarquía y del socialismo, que iban brotando, extendiéndose cada día como mancha de aceite y amenazando cubrirlo todo en breve y esterilizar los campos de los pobres con las ruinas de los palacios de los ricos. «Usted que es joven y activa—le decía—encontraría en eso »la labor más digna de su juventud y de su actividad. Tal »vez Dios no le concede hijos para que sirva de madre a »algún huérfano y desamparado que se está muriendo de »miseria. Tal vez con el nombre de madre le podría dar el »de salvadora de su alma y de las almas de sus padres. Y »como no hay mejor predicador que el buen ejemplo, el de »usted sin duda despertaría en algunas amigas y conocidas



»suyas el deseo de seguirla y de alistarse bajo tan simpática bandera. ¡Y quién sabe el bien de que usted podría ser causa en el mundo!»

»Pocos días después de haber escrito esta carta, que, a no ser bien recibida como consejo, hubiera podido aceptarse como una fantasía digna de un poeta-sacerdote, me acometió el padre Goberna, diciéndome: «¿Cómo es que usted aconseja a la marquesa de Comillas que se separe de su marido?» Yo lo negué en redondo, diciéndole que nunca semejante idea me había pasado por la cabeza; mas ya aquella mala especie había corrido por Barcelona. ¿Qué había sucedido? Sin duda se había comprendido mal a aquella noble señora y se había puesto una espina en el ramo de flores que yo le había enviado. La cuerda se había roto por lo más delgado, y ya no tenía compostura. Alguno, a quien yo estorbaba hacía tiempos en la casa, había aprovechado aquella coyuntura por falta de otra mejor. Lo cierto es que, desde aquel día me sentí empujado por una mano invisible hacia la puerta». ⁽¹⁾

IV

Hasta aquí mosén Jacinto. Predispuesto ya el marqués contra el poeta, dispuso que se trasladara a Vich, y así se lo manifestó después de una fiesta poética, diciéndole, muy *suave y amorosamente*, que trabajaba demasiado, que le convenía descansar un poco, lejos del confesionario, del hospital y de los pobres y enfermos que lo mareaban; y que el señor Obispo de aquella ciudad le ofrecía una cámara en su palacio si quería pasar allí un par de meses; mas como arguyera mosén Jacinto que nunca se había sentido mejor y con más deseos de trabajar, el marqués le indicó más claramente que el reposo lo necesitaba porque se había debilitado del cerebro, y no cejó hasta que

(1) Fragmento vertido al castellano por el conferencista.



le hizo prometer que al día siguiente saldría para Vich en el tren de la tarde.

Dos días demoró su salida mosén Jacinto, con el fin de asistir a la velación del Santísimo en la Capilla de la *Sanch* del Pí, y el domingo de la misma semana, tomó el tren con rumbo a Vich. Cuando sus enemigos—él no sabía hasta entonces que los tenía—lo vieron salir con la maleta en la mano, solo, a duras penas alcanzándole el dinero para comprar un billete de tercera—a él, por cuyas manos habían pasado miles de pesetas para socorro de los menesterosos,—la rabia concentrada estalló en un grito de triunfo y en una andanada de insultos. Decían que se dejaba engañar como un *beneyt*; que estaba arruinando la casa con tantas caridades; que con las limosnas mantenía gente perdida y vagabundos; que con ellas se había hecho rico; que se retiraba con la maleta llena de billetes de banco, y que con ese dinero pensaba fundar una secta espiritista o cosa peor. Los amigos y los protegidos, para aumentar la interminable legión de los ingratos, que ya no cabe en el infierno, le volvieron la espalda, y se le motejó de loco y estúpido y se le tuvo por un hereje digno de las llamas de la Inquisición.

¿Por qué tanto rigor con el humilde presbítero? Porque había, quizá sin quererlo, puesto el dedo en la llaga, en el cáncer del siglo, en la autocracia, que él deseaba redimir, aproximándola al proletariado por medio de la caridad; porque él, vislumbrando las rojas llamaradas de la revolución anárquica, hacía un último llamamiento al amor universal en la adorable ficción ensoñada de la joven marquesa de Comillas, inmensamente rica y feliz, abandonando su palacio, con un traje de burda lana, para reconfortar a los miserables, y debajo de cuya modesta *mantellina*, que ya no cubría sedas ni brocados, salían panecillos que los pobres recibían y besaban, misión angélica propia de Santa Isabel de Hungría, que detuvo una vez su riquísima carroza para darle el pecho al hijo de una mendiga, que se

moría de hambre; pero que aquella sociedad orgullosa, de navieros e industriales ennoblecidos por el oro, no podía perdonar...

Una vez en Vich, el Obispo dejó a mosén Jacinto en libertad de ir a dónde quisiera. Él, del palacio episcopal se dirigió a la casa de sus padres; mas no teniendo ya padres ni hermanos, se refugió en la ermita de la Virgen María de la Gleva. «Difícilmente —escribía él— puede encontrarse estancia más bonita y mejor para un poeta, y sobre todo para un poeta sacerdote y vigatán, que este santuario. Está bellamente enclavado en un montículo a la orilla del Ter, que como una ancha hoz de plata reluce a su pie; a mano derecha tiene el verdoso Montseny y a mano izquierda una sierra más modesta que liga el uno con el otro, rodeando con una muralla de verdura el llano. Más allá, veía mi pueblo y los campos que, en mi adolescencia, había regado con el sudor de mi frente».

La prisión era amplia y primorosa, y el destierro florido; mas el espíritu del poeta era como el pajarillo aprisionado «entre el metal de las doradas rejas», y ansioso de respirar otro ambiente, descendió a Barcelona con el fin de buscar algunos libros y documentos que se le habían quedado, tocó en el palacio del marqués, y al verlo don Claudio, creyendo que el fugitivo venía nuevamente a parar en su casa, le dijo con aspereza: «*No vuelva usted a poner los pies en mi casa mientras duren las actuales circunstancias*». Mosén Jacinto bajó la cabeza con humildad y subió por última vez a su antigua cámara, encajonó sus libros y abandonó para siempre aquella mansión donde tantos sinsabores había cosechado. Regresó a la Gleva; mas aún allí no lo dejó en paz la mano invisible que lo había arrojado del palacio del marqués. Pronto corrió por toda España la triste nueva de que el gran poeta estaba *demente*. El padre Goberna y otros piadosos miembros de la Compañía de Jesús, con fingido dolor, lo declaraban así, y un día el prelado le envió a mosén Jacinto una cédula de admisión en

el Asilo-Hospital de Capellanes, que él rechazó indignado. Entonces se le prohibió venir a Barcelona sin licencia expresa, prohibición que jamás se había hecho a ningún sacerdote. El dogal invisible se iba apretando más y más en torno del cuello del infortunado presbítero; mas él, en un postrer arranque de rebeldía, lo rompió, delatando a la sociedad asombrada tantas infamias. La conjuración tenebrosa apareció a la vista: a fin de aislar al marqués de Comillas y de que su inmensa fortuna sirviera para otros fines que los de la verdadera caridad, se trataba de enclaustrar para siempre y sepultar en vida al noble limosnero hacia quien aún se inclinaba el corazón de don Claudio. Principió una lucha desigual y violenta entre la víctima y sus perseguidores, en cuyas filas se contaban, ¡ay! hasta parientes y protegidos de mosén Jacinto. El poeta huyó de la Gleva y se refugió en Barcelona; en junio de aquel año tuvo un choque con su antiguo e infiel amigo, mosén Collell, a quien encontró en la sacristía de San Felipe, y que, furioso de que mosén Jacinto aún estuviera en Barcelona, se puso a gritar fuera de sí, diciendo que ese mismo día lo iba a poner en conocimiento del obispo. El 13, día de Corpus, un gendarme siguió a mosén Jacinto hasta la capilla de San Lázaro, y el día 14, en la tarde, se presentó en su posada, mostrando una orden de prisión, concebida en los siguientes términos: «*Por orden gubernativa, que se prenda a don Jacinto Verdaguer, presbítero*».

La infamia estaba realizada. ¡Parecía un sueño! El poeta más grande de la España moderna, el incomparable autor de *La Atlántida* y del *Canigó*, de quien Menéndez y Pelayo había dicho que en ocasiones se parecía a Víctor Hugo, y a Víctor Hugo sublime, preso, entre gendarmes, como Jesús en el Huerto, sin que bastara a protegerlo el traje sacerdotal que llevaba! Dichosamente, la iniquidad no se llevó a cabo, porque a instancias de un amigo desconocido, el gobernador revocó la orden. Mas ya el escándalo estaba dado y en Barcelona no se hablaba de otra cosa.

El poeta se defendió por la prensa, y el 23 de julio, cuatro enviados del tribunal eclesiástico de Vich, se presentaron en la casa donde vivía y le hicieron saber por palabra y por escrito que se le habían suspendido las licencias *in divinis*, lo que lo incapacitaba para decir misa. El desventurado sacerdote, que amaba a Cristo como sólo lo amaron los grandes místicos, tomó el documento, y de rodillas, lo depositó a los pies de una imagen de la Madre de Dios, rogándole, con los ojos preñados de lágrimas y con las manos juntas, que lo tuviera siempre bajo su manto azul de infinita misericordia...

No concluyeron aquí sus amarguras. Mosén Jacinto, en cierta ocasión había comprado una pequeña capilla —la de la Madre de Dios de Vallcarca— para salvarla de una subasta que a él le parecía un sacrilegio. Entonces estaba en buena posición y con la ayuda de Dios esperaba pagar poco a poco la deuda que había contraído; mas perdió su posición y hasta se vió privado de la pequeña entrada que le dejaba la misa y en estas circunstancias se le exigió el pago de la deuda; mosén Jacinto no pudo pagar, y por valor de 300 duros le embargaron sus libros, incluso *La Atlántida* y *El Canigó*. Mas esta situación no podía durar. Sitiado por hambre y perseguido sin tregua, el manso y noble sacerdote escribió una carta al Obispo de Vich, protestándole su afecto filial y sumisión absoluta. El Obispo por su parte, no habló más de encerrarlo en el Asilo, y con fecha 5 de febrero de 1898, le devolvió el permiso para celebrar misa.

Pero el corazón del poeta estaba ya quebrantado por varios años de terrible lucha y de privaciones sin cuento, y el 10 de junio de 1902 a la edad de 59 años, rindió al Creador su noble espíritu, y se apagó y cubrióse con un paño funeral esta preciosa lámpara que, durante un cuarto de siglo, iluminó el cielo de la poesía catalana.

El pueblo, mudo, se agrupó en torno del lecho de su cantor moribundo, y el joven Rey, interpretando el senti-

miento nacional, le envió la gran cruz de Alfonso XIII, y así «en los umbrales de la muerte—dice Juan Maragall—se cruzó un saludo entre dos majestades» y el bardo penetró en el misterio de la tumba con la frente, que habían desgarrado las espigas, coronada de laureles por la mano del monarca.

Mosén Jacinto murió en Vallvidrera, en una quinta de su amigo don Ramón Miralles, situada en el pintoresco Pantano. Sus últimos días fueron sumamente angustiosos; mas en el postrer instante, su faz se llenó de una placidez inefable y su alma de cíclope voló a la inmensidad con el vuelo gentil de la de un niño.

Su enfermedad fué la de los místicos y su dolencia la de los genios y los apóstoles de las buenas causas. El dolor humano hizo estallar su corazón, como estallan las cuerdas de una lira bajo la mano crispada del poeta moribundo. Había un notable desequilibrio entre la piedad sin límites del infortunado Verdaguer y la sociedad egoísta en que vivía; de allí la lucha y el martirio. Así, andando los tiempos, debía morir un filósofo sublime en la mísera cabaña de un anacoreta ruso, el ilustre Tolstoy, con el corazón desgarrado por las miserias del mundo...

V

Ya hemos hablado del hombre. Hablemos ahora del poeta.

Mosén Jacinto escribió mucho, en prosa y en verso. Sus obras completas, publicadas por la casa Toledano, López y Cía., de Barcelona, comprenden siete gruesos volúmenes de 500 páginas cada uno. En verso escribió: *La Atlántida*, *Canigó*, *Patria*, *Ayres del Montseny*, *Idilis y Cants Mistichs*, *Caritat*, *Montserrat*, *La Passió de nostre Senyor Jesucrist*, *Lo somni de Sant Joan*, *Santa Eularia*, *Roser de tot l'any*, *San Francesch*, *Jesus Infant*, *Flor del Calvari*, *Cántichs*, *Al Cel*, *Eucaristiques*, *Flors de María* y *Veus del bon Pastor*; en prosa: *El Dietari*

d' un Pelegrí a Terra Santa, Excursions y viatjes, Nerto y Rondalles; y en prosa y verso, *Folk-lore*. Forman también parte de sus obras completas, los discursos que pronunció en loor y defensa de la lengua catalana, los trabajos leídos en los certámenes y en las veladas, y los artículos que escribió en defensa propia.

Mosén Jacinto, como poeta cristiano, se aproxima a Fray Luis de León y a San Juan de la Cruz, a quienes iguala en elevación y sentimiento, y que más de una vez le sirvieron de modelo. *Anyoranza, Ma riqueza, Qui com Deu* y otras poesías místicas, pueden figurar sin desdoro al lado de las mejores del autor de *Noches serenas* y del *Cantar de los Cantares*.

El corazón del humilde sacerdote se desbordaba en composiciones tiernísimas, como *Per qué cantan les mares, Lo Cego d'Alhama*, que

«tot ho ha perdut
sinó la guitarra»,

La mort del escolá, La Cegueta y Amor de Mare.

Esta última composición, breve y sencilla como es, vale tanto como el mejor poema. Encantado de ella, ensayé traducirla, y he la aquí, no tal como salió melodiosa y alada del arpa del poeta, sino descolorida y despojada de sus naturales galas al pasar por mis pecadoras manos:

AMOR DE MADRE

El hijo infame a su manceba odiosa
dígole así:

—De mi cielo eres tú la estrella hermosa
¿Qué quieres, di?

Te traeré de la casa de mi padre
de oro y plata un montón,
te traeré las alhajas de mi madre...

—¡Traéme su corazón!



En la alcoba materna entró el malvado
y el corazón buscó,
que siempre por el hijo idolatrado
soñaba con pasión.

Abrela el pecho, y con furor le arranca
el pobre corazón,
el corazón que, cual paloma blanca,
vive sólo de amor!

Era lámpara de oro en mano impía,
y él lo sintió latir,
—¡Quién pudiera, adorada madre mía
tu corazón sentir!

Al llegar a la puerta el pérfido hijo,
tropezóse y cayó,
y entonces el corazón le habló y le dijo:
—¿Te has hecho daño, amor?

Todas las poesías religiosas de mosén Jacinto exhalan un purísimo perfume de amor intenso a la Virgen. Sus *Flors de María* no son más que ramilletes de terebintos, lirios, pasionarias, girasoles, claveles, rosas, *glops de neu* y pensamientos, mezclados con humildes hierbecillas de la montaña como la *farigola* y el *romaní*, con los que el poeta adornó la capilla de la Reina del Cielo, a la que él hizo también Reina de los Juegos Florales, cuando su famosa oda *A Barcelona* obtuvo el primer premio, y a la que dedicó aquellos preciosos versos, que principian:

«Moreneta n'es la Verge
de qui estich enamorat...»⁽¹⁾

VI

Los poemas de mosén Jacinto tienen un corte rigurosamente clásico y revelan un asombroso dominio del idio-

(1) Es morenita la virgen
de que estoy enamorado.

ma y vastos conocimientos de la literatura antigua. *La Atlántida*, que algunos consideran como el marmóreo pedestal o el áureo plinto de la gloria del poeta, y que a poco de ver la luz en España fué traducida a casi todas las lenguas europeas, se basa en una leyenda que consignó Platón en uno de sus diálogos, según la cual una gran isla o continente se extendía más allá de las columnas de Hércules; mas sobrevinieron grandes terremotos e inundaciones y en una sola noche el mar se tragó ese continente con todos sus dioses, sacerdotes, vírgenes y guerreros.

El celebrado autor de *Mireio*, el gran Mistral, escribió a mosén Jacinto respecto de este poema sublime: «Después de Milton y de Lamartine, nadie había tratado la tradición primordial del mundo con tanta grandeza y valentía. La concepción de *La Atlántida* es grandiosa y su ejecución magnífica. Jamás Cataluña había producido una obra que contuviese en sí tanta poesía, majestad, esplendidez, fuerza y sabiduría...»

A pesar de la muy respetable opinión de Menéndez y Pelayo que concede el primer lugar al *Canigó*, realmente la obra maestra de Verdaguer, por la grandiosidad del plan, la sublimidad de las imágenes, la corrección del lenguaje, la excelsitud de las ideas y lo armonioso y fluido de la rima, es, sin disputa, *La Atlántida*.

Comienza este poema con una introducción que representa a Cristóbal Colón, después de un naufragio, recogiendo de labios de un anciano ermitaño la tradición del continente sumergido. Luego, viene el canto primero, en el que se describe en sonoros y majestuosos alejandrinos el incendio de los Pirineos, con tan pasmoso colorido y viveza y valentía tales, que el lector contempla el torrente de llamas ondulando como una gigantesca sierpe de fuego sobre la cresta de los montes; escucha los crujidos de los árboles, los aullidos de las fieras sorprendidas por el voraz elemento y los ásperos gritos de las aves de rapaña, y ve huir por las faldas, en espantosa confusión, hermanados

por el común peligro, a osos, lobos, *texons*, *isarts* y *daynes* ululantes. En el canto segundo, aparece Hércules con su poderosa clava, y se describe la Atlántida. Hércules mata al dragón y se apodera de las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides. En los cantos tercero, cuarto, quinto y sexto, los atlantes, aterrorizados por espantosas señales se refugian en el templo de Neptuno, un rayo derriba la estatua del dios, y los titanes acometen a Hércules armados con árboles y con los restos de las columnas del atrio; el héroe golpea con su maza el pétreo testuz del cerro de Calpe, abre el estrecho de Gibraltar, y la Atlántida se anega, refugiándose los titanes en la parte del continente donde aún no han llegado las aguas. El canto séptimo, que contiene el coro de las islas griegas, es uno de los más bellos del poema. Podría compararse con un estuche lleno de piedras preciosas. Por el estrecho abierto, se precipitan las aguas del Mediterráneo al Atlántico, y aparecen numerosas islas; Lesbos, Las Cícladas, Las Equinadas, Sicilia y Delos surgen del seno del mar, y entonan un coro sublime que llega hasta el héroe absorto y conmovido.

Cantan Las Cícladas:

«Ninfas de pies de rosa, salíamos de las playas de Argólida para ver a la hermosa Delos, y nos columpiábamos sobre las ondas, cuando nuestros pies se helaron, transformados en ramas de madrepora y arraigáronse en fácil promontorio; se ensancharon nuestros dorsos y pechos de marfil, y dentro del corazón sentimos la fría escarcha del mar...»

Y Lesbos y las otras islas unen sus armoniosos acentos al coro sublime.

Por fin sobreviene la catástrofe, la Atlántida desaparece con sus arpías, gorgonas, estinfálidas y titanes, y las ondas ruedan sobre los palacios del vicio y los templos de la impiedad. La hermosa Hesperis, que simboliza a España, se desposa con Hércules, y termina el poema con la bellí-

sima *Balada de Mallorca y el Somni d'Isabel*. Esta balada es quizá la poesía más preciosa de la lírica catalana, y explica de manera ingeniosísima la formación de las Baleares. He aquí esta joya, que parece tan pulida y trabajada como un ánfora griega:

BALADA DE MALLORCA (1)

A la vora-vora del mar, hont vigila
Montgó'ls peus a l'ayga y als núvols lo front,
omplfa una verge son cànter d'argila
mirantse en la font.

Son peu de petxina rellisca en la molça,
y a troços lo cànter s'enfonza rodant;
del plor que ella feya, la mar que era dolça,
tornava amargant.

(1) He aquí la versión castellana de esta balada, en prosa:

En la riba-riba del mar, donde vela
Montgó, con los pies en el agua y la frente en las nubes,
llenaba una virgen su cántaro de barro
mirándose en la fuente.

Sus piesecitos de concha resbalan en el musgo
y el cántaro rueda y se hunde hecho trizas;
del llanto que derramaba, la mar que era dulce
volvíase amarga.

Que el agua cogida era cristal y perlas
cual pocas recogen los lirios de olor.
¡No es mucho que lllore al ver los pedazos
del cantarito de oro!

Dolíase el mar; los pedazos recogió en su falda,
y al Mayo, para plantarlo le pide un rosal;
Valencia, verdor de esmeralda a tus huertos
y dosel a tu cielo.

Por cuna, les da la concha de Venus,
mecida por el céfiro de la mañana y de la tarde,
y los tiestos que corona una alba de rosas,
ya son un jardín.

Lo enlaza y perfuma con flores de la Arabia,
con palmas de Africa y con pájaros de Europa;
alegra sus riberas, que toman de espuma
dominios más amplios.

Tres eran los tiestos y tres fueron las islas,
y al verlas ahora besadas por el sol,
la tierra, por hijas las llama a sus brazos;
pero el mar las quiere.

Puix l'ayga pouada cristall n'era y perles
com gayres no'n copsan los lliris de olor;
ino es molt si suspira, quan veu les esberles
del canteret d'or!

La mar se'n dolía, les pren en sa falda,
y al Maig, per plantarhi, demana un roser,
Valencia, a tes hortes verdor d'esmeralda,
y a ton cel dosser.

Per breg la conquilla de Venus los dona,
gronxada pel céfir de vespre y matí,
y'ls testos que una alba de roses corona,
ja son un jardí.

Ab flors de l'Arabia l'enramà y perfuma,
y d'Àfrica ab palmes, d'Europa ab aucells;
alegra ser ribes, que prenen d'escuma
més amples cinnyells.

Tres eran los testos, tres foren les illes,
y, al veureles ara volgudes pel sol,
les crida a sos braços la terra per filles,
y'l mar se les vol.

VII

De *Canigó* (leyenda pirenaica de los tiempos de la conquista), dijo Menéndez y Pelayo que era superior a *La Atlántida* y que en muchos conceptos podía compararse a *la Leyenda de los Siglos*, de Víctor Hugo. La crítica, sin embargo, sin desconocer las bellezas en que abunda este poema, le ha señalado el segundo lugar entre las obras maestras del poeta catalán.

El libro *Patria* comienza con la soberbia oda *A Barcelona*, que obtuvo la flor natural en los Juegos Florales de la ciudad de los condes. Esta oda puede considerarse como la más grandiosa que se ha escrito en Cataluña y aún quizás me atrevería a decir en España. Cuando el poeta can-

ta las glorias de Barcelona, las estrofas brotan de su lira como carros de guerra bajo un arco de triunfo. Y así dice:

«La voltan de sos héroes les béliques imatges,
los Ataulfos, Jofres, Borrells y Berenguers,
Ramón lo de l'Espasa, Ramón lo dels Usatges
y arroçant sa túnica de dol los Fivallers.

«Per Barcelona Balmes dexá del Ter les ribes
com áliga novella quan axecava l'vol;
en ella trau del marbre Campeny imatges vives,
y pasta en sa paleta Fortuny la llum del sol.

«D'ací Roger de Lluria sortía, al vent de gloria
movent ses naus les ales com un esbart d'aucells;
jamay, jamay lluytaren sensa cantar victoria;
sovint dugueren presos rosaris de vaxells.

«Aquí don Joan d'Austria les áncores aferra,
duhentli de Lepanto lloers; allí Colón,
tornant d'aquell viatge que duplicá la terra,
als peus dels Reys Católichs féu rodalar un món». (1)

El final de esta oda, es digno de ella, que es lo más que en su elogio se puede decir. Así, dice el poeta a la inmensa urbe, después de enumerar sus grandezas:

(1) La rodean las guerreras imágenes de sus héroes, los Ataulfos, Jofres, Borrells y Berenguers, Ramón, el de la espada, Ramón el de los *Usatges*, y los Fivalleres, arrastrando sus túnicas de duelo.

Por Barcelona dejó Balmes las riberas del Ter como un aguilucho cuando emprendía el vuelo; en ella, arranca Campeny imágenes vivas del mármol, y Fortuny pasta en su paleta la luz del sol.

De aquí salía Roger de Lluria, al viento de gloria moviendo sus alas los navíos como una bandada de pájaros; jamás, jamás lucharon sin obtener el triunfo; continuamente traían presos rosarios de bajeles.

Aquí aferró las áncoras don Juan de Austria, trayéndole laureles de Lepanto, y allí Colón, volviendo de aquel viaje que duplicó la tierra, a los pies de los Reyes católicos hizo rodar un mundo.



«Lo téu present esplendit es de nous temps aurora:
tot somniant fulleja lo llibre del passat;
treballa, pensa, lluita; mes creu, espera y ora.
Qui enfonza o alça'ls pobles, es Déu qui'ls ha creat» (1)

Casi todas las poesías contenidas en el libro *Patria* son muy populares, como *Els Moços de la Esquadra*, la *Cançó del Rayer*, *L' Emigrant*, que cantan a bordo de los navíos los catalanes que se dirigen a América buscando horizontes más amplios para su vida; la *Nit de Sanch*, modelo de romances, *Santa Madrona*; la *Barretina* y *Anyorança*, en la que el poeta le dice a la princesa de Baviera:

«Sabesseu lo catalá,
sabríau qué es anyorança». (2)

Sorprende y maravilla la ductilidad del genio de mosén Jacinto, que se acomoda a todos los géneros de poesía y que, de los tonos más altos de la lírica, desciende con facilidad suma a los más bajos de las *cançons* y de las *rondalles* populares. Así, recorriendo toda la escala cromática, lo mismo pintaba a Hércules con su pesada clava exterminando titanes y gorgonas, que describía en graciosos endecasílabos los rítmicos giros de la sardana al son del flaviol. Nadie creería que el humilde autor de *La Farigola*, «herbeta axerida» brotada a los pies del Redentor del Mundo, fuera el mismo autor de la hórrida *Nit de Sanch* o de *Els Moços de la Esquadra*. Y es que él ennoblecía cuanto tocaba y una margarita del campo, en su manó, se transformaba en una estrella.

(1) Tú espléndido presente es aurora de nuevos tiempos;
en tanto que sueñas, hojea el libro del pasado;
trabaja, piensa, lucha; mas cree, espera y ora:
quien hunde o levanta a los pueblos, es Dios, que los ha creado.

(2) Supierais el catalán,
sabríais qué es añoranza.

VIII

La muerte de mosén Jacinto fué una imponente manifestación de duelo de todas las clases sociales. Miles de personas acompañaron el cadáver al cementerio, y las mismas manos que le habían ceñido en vida la corona de espinas, tocadas de un tardío arrepentimiento, deshojaron sobre su tumba las flores de la admiración y del afecto. Hoy Cataluña, España toda, aclama a Verdaguer como el poeta más grande de la época presente, y mientras sobre su losa la yedra tiende sus ramas, el laurel se entrelaza en las páginas de oro de sus libros.

La vida de los hombres es efímera y sus grandezas transitorias; mas aún regalan nuestros oídos los poemas de Homero y las églogas de Virgilio, y es que la poesía es eterna y sobrevive aún a los mismos idiomas en que se escribe. Pasaron Nínive y Babilonia; pero ni Hesiodo ni el viejo Anacreonte pasan. Las Pirámides se desmoronan y Tebas y Menfis duermen bajo las arenas del desierto, envueltas en sus mortajas de siglos; pero Ovidio y Lucano continúan inalterables. La lengua catalana está destinada a vivir en las obras de Verdaguer, y mientras haya catalanes, en el *pla* y en la *montanya* resonará la canción del último *barretinayre*, y sobre la cubierta de los navíos que se alejen con rumbo a América, se escuchará la nostálgica canción de *L' Emigrant*.

San José, diciembre de 1914.



